

XV

EL TÍO JUDAS

EL TÍO JUDAS

Llegó la carta del señor Lectoral un domingo al oscurecer, á la hora y en el día en que solían llegar á Vallejín las cartas, porque las traía de la Llosa el individuo de Ayuntamiento cuando volvía de la sesión, que se celebraba siempre los domingos por la tarde.

A la Llosa, que era la capital, venía un peatón, por lo menos dos veces á la semana, y hasta tres en buen tiempo; pero las cartas que había para los otros pueblos del Municipio, que no solían ser muchas, aun cuando llegaran el lunes, allí se tenían que estar en la *estafeta*, que era la cocina del Secretario, rodando por encima de la trébede hasta el domingo.

El de Ramos, señaladamente, al entrar en Vallejín, ya casi de noche, el concejal, que era por aquel entonces un vecino á quien llamaban de apodo *Maturrangas*, porque en realidad tenía muchas, se cruzó en la calle junto

á la casa bajera con una mujer que desde la última quinta tenía un hijo por soldado.

—¿No me traes carta?—le preguntó al pasar.

—No—la contestó él;—no traigo más que una para el tío Felipe.

—¿Para el tío Felipe?... Pues ¿quién le escribirá?—replicó ella.

—No sé... De Valladolid me parece que viene—dijo Maturrangas.

Y siguió por la calle arriba.

Al llegar frente á la casa del tío Felipe se ladeó hacia la puerta, llamó, y salió en seguida Fidel, su hijo.

—Toma una carta para tu padre—le dijo el regidor alargándosela.

—¡Colle!... ¿para mi padre?—dijo Fidel, maravillado.—¿De quién demóginos será?...

—No sé... De Valladolid es el sello que trae... Ahora, de quién sea no es fácil saberlo... no abriéndola.

—Pues si quieres entrar, pronto lo averiguamos... No te vayas con la gana...

Y empujado por la curiosidad de saber de quién era la carta, entró Maturrangas tras de Fidel hasta la cocina.

Allí estaba el tío Felipe bien abrigado tras de los tizones, porque todavía las noches eran frías, y también se extrañó bastante cuando Fidel le anunció el suceso, diciéndole:

—Trae aquí Dionisio una carta para usted, padre.

—¿Una carta para mí?... ¡Pero, hombre! Pues ¿de quién será? ¿quién se habrá acordado todavía de este pobre viejo?

—Dice que debe de venir de Valladolid, según el sello indica...

—¡Ah! ¿de Valladolid?—repuso el anciano. —Como no sea del señor Lectoral, de D. Gabriel el de Villanoble, que está allí hace ya muchos años, porque ganó la prebenda por su saber, siendo todavía muy joven... y algunas veces me ha escrito recordándome lo bien que yo le cuidaba de pequeño... Porque yo serví mucho tiempo en Villanoble en casa de sus padres, y allí estaba ya de motril cuando él era niño... Ábrela, ábrela á ver... No va á ser de otro...

Fidel cogió de la espetera un candil de hojalata, le encendió á la llama de un tizón de la lumbre, le colgó de las llaves, y á su luz mortecina y triste y medio ahogada por el humo que subía del hogar, abrió la carta y se puso á leerla.

Lo primero fué á ver la firma, y en cuanto la vió, dijo á su padre:

—Sí, señor, sí; de él es, de D. Gabriel, del mismo que usted pensaba...

—Bueno, pues léela á ver qué dice—le contestó el viejo.

—Verá usted: «Mi estima...»—Fidel carras-

peó aquí un poco para desahogar la garganta y continuó:—«Mi estimado Felipe...»

—Bien lo puede decir—interrumpió entusiasmado el padre,—y no son palabras vanas ni de cumplimiento; porque, aun cuando no me esté bien el decirlo, toda la vida me ha estimado mucho. Es más bueno y más llano... Viéndole hablar conmigo ó con cualquier otro pobre, nadie creería que tiene el saber que tiene... Que no creáis que es así como quiera, sino que habrá muy pocos como él en España, si hay alguno; porque *pedrica* unos sermones... y ha sacado unos libros para los estudios... y han dicho de él unas cosas los papales...

El hijo aprovechó la interrupción para ir leyendo la carta en silencio mientras hablaba su padre, por si acaso había en ella alguna cosa que no debiera oír Maturrangas; y cuando se convenció de que no había peligro ninguno, volvió á empezarla leyendo alto.

La carta decía:

«Mi estimado Felipe: Como no me olvido nunca de ti ni de tus buenos servicios en casa de mis padres, y me acuerdo especialmente del cariño con que me tratabas cuando me ibas á llevar á la escuela, he pensado que te convendría una plaza de *apóstol* en León, en esta Semana Santa, y habiendo escrito á vuestro señor Obispo pidiéndosela para ti, me la ha concedido.

»De modo que el lunes Santo por la mañana te pones en camino para dicha ciudad, acompañándote tu hijo ó tu yerno, porque ya, en la edad en que estás, no debes viajar solo. Llegáis á León, Dios mediante, el martes Santo por la tarde; te presentas luego al Secretario de cámara de su Ilustrísima, diciéndole que eres mi recomendado, y ya no tienes que hacer más que lo que él te mande.

»Así recibirás, lo primero, no poco provecho espiritual, meditando en los misterios sublimes de nuestra redención al tomar parte en su representación augusta; y tocante á lo temporal, te darán bien de comer, te vestirán de nuevo de pies á cabeza, pantalones, chaleco y chaqueta de paño de Prádanos decente, sombrero y zapatos, y te darán, además, una onza de oro, que no te vendrá mal para ayuda de vivir, según lo contrarias que se van poniendo las cosas.

»Que Dios te conserve en gracia y en salud, como lo desea y se lo pide tu afectísimo

Gabriel de Viana.»

No es cosa fácil, ni posible siquiera, pintar con palabras la alegría que se apoderó del tío Felipe al verse tratar con tanta amabilidad por persona tan ilustre y al considerar la fortuna que se le venía encima... ¡Un vestido nuevo de arriba á abajo!... ¡cambiar su ropa

de sayal, vieja y remendada, por otra nueva de paño recién salido de la tienda!... Y como si esto no fuera bastante, una onza de oro por añadidura! ¡Una onza de oro!... Todo ello, aparte del honor de que le lavara los pies el señor Obispo y de que le hablara y conversara con él, que seguramente lo haría muy afable por consideración á la persona que le recomendaba...

También Fidel se puso muy contento; pero á éste, aunque todo le pareciera bien, lo que más gracia le hacía era la onza. Una onza de oro así como llovida del cielo... ¡Recolle! Tanto como había que trabajar y economizar para que después de pagado el tercio de contribución quedara de repuesto siquiera un duro... Y encontrarse ahora con diez y seis de un golpe.

Como la llegada de una carta á Vallejín era casi un acontecimiento, y más viniendo dirigida á un pobre viejo y retirado del mundo como el tío Felipe, la mujer con quien primero había hablado el concejal portador, contó en seguida el caso á otra, esta otra se lo dijo á otras varias, y así fué que pronto cundió la noticia por el lugar, y las personas curiosas, mujeres la mayor parte, unas á título de parientas, otras á título de vecinas, fueron desfílando hacia casa del tío Felipe á

ver de quién era la carta y qué traía de bueno; de manera que al cuarto de hora ó poco más estaba ya llena de gente la cocina.

La primera que llegó fué Marcela, una hermana del cuñado de Fidel, y, nada más entrar, preguntó á éste llanamente:

—¿De quién es la carta, niño?

—De un señor canónigo de Valladolid—la contestó él;—del señor Lectoral... un señor muy sabio y muy bueno que es amigo de mi padre.

—¿Y qué dice?—volvió á preguntar ella.

—Que tiene que ir mi padre á León á ser apóstol.

—¡Jesús! ¿Ahora otra vez?—dijo una rapazona que había entrado detrás de Marcela.

—¿Cómo que otra vez?—la replicó Fidel.—Mi padre no ha sido todavía ninguna vez apóstol.

—Pero digo—replicó ella—que si otra vez va á haber apóstoles ahora, como cuando Nuestro Señor andaba por el mundo.

—No, mujer, no—la dijo el tío Felipe;—los apóstoles de ahora son figurados, vamos al decir: son una representación de aquéllos.

—Justo—añadió Maturrangas, queriendo meter su cucharada y lucir su saber;—son doce pobres á quienes el Jueves Santo da de comer el señor Obispo y les lava los pies, en memoria de lo que hizo Jesucristo con los

doce apóstoles; y uno de esos doce pobres va á ser este año el tío Felipe.

—Eso de pobres—dijo Fidel—será según se entienda, porque mi padre verdad es que no es rico poderoso; pero tampoco anda ni anduvo nunca pordioseando, ni querrá Dios que llegue á pordiosear mientras yo tenga manos para manejar la esteva y la azada y el hacha.

—Bueno—rectificó Maturrangas,—lo mismo es doce ancianos; pero quiere decirse que aquí en este pueblo nadie debe darse por ofendido de que le llamen pobre, pues el que más y el que menos...

Á todo esto, iba entrando gente en la cocina, y cada persona que entraba hacía las mismas preguntas: «¿de quién es la carta?... ¿qué dice?».

Repetían con agrado el padre ó el hijo á cada interrogante las mismas contestaciones; pero algunas mujeres seguían haciendo preguntas y más preguntas, dejando entrever que no quedaban satisfechas si no se las leía la carta; y no tuvo Fidel más remedio que volver á leerla cuando una moza, menos disimulada que las demás, se lo suplicó expresamente en esta forma:

—Léela otra vez, chacho; ¿qué te cuesta?...

—Bueno; pues coge tú el candil y alumbra bien, que allí colgado de las llaves, con el humo del hogar, apenas luce.

Cogió el candil la moza y comenzó Fidel á leer de nuevo la carta, rodeándole la concurrencia y empinándose las mujeres unas por detrás de las otras para verle bien, porque se las figuraba que, aun cuando oyeran la lectura, si no veían al lector no quedaban bien enteradas.

Cuando acabó de leer se multiplicaron los parabienes de los circunstantes al futuro apóstol y á su familia, que estaban llenos de satisfacción; pero no faltó quien se encargara de aguarles el vino.

—¿Y qué apóstol va á ser el tío Felipe?—preguntó una vieja que pasaba por algo sabihonda.

—¡Toma! Pues un apóstol cualquiera—dijo Maturrangas.

—Es que no consiste en decir cualquiera—replicó ella,—porque tendrá que representar á uno determinado: tendrá que ser San Juan, ó San Pedro, es un suponer..., y lo malo será si le toca ser Judas.

—Eso sí que no me gustaría á mí—dijo Fidel.

—No, ni á mí tampoco—añadió su padre.

—Lo digo—continuó la autora de la observación,—porque un tío de Valnegro creo que fué apóstol en Palencia, como lo va á ser ahora en León el tío Felipe, y diz que *fué Judas*, vamos, que representó á Judas, y con eso todos le llamaban después *el tío Judas*, y

á la postre concluyó, como el otro, por ahorcarse.

—¡Jesús! ¡Ave María Purísima!—dijeron asustadas las mujeres, casi todas á un tiempo.

—Sí, sí—continuó la que estaba hablando;—diz que se ahorcó un domingo mientras misa, y cuando salió la gente le vieron á la puerta de su casa colgado del cumbral... Todavía creo que vive un nieto y le llaman *el nieto del tío Judas*.

—No, pues lo que es mi padre no será Judas—dijo Fidel, impresionado;—que sea San Juan, ó San Pedro, ó Santiago...

—O San Felipe—le interrumpió Maturrangas,—ya que se llama así...

—Bueno, que sea San Felipe—continuó Fidel;—pero Judas de ningún modo... Primero nos volvemos para casa... No quiero yo que luego llamen á mi padre *el tío Judas*, ni que me llamen á mí *el hijo del tío Judas*, ni á mis hijos *los nietos del tío Judas*...

A otro día muy temprano, despedidos por toda la gente del pueblo, salían para la ciudad el tío Felipe y su hijo, el primero montado en una yegua vieja, algo derrangada del cadril izquierdo, y el segundo de espolista.

Al pasar por Villanoble fueron á ver á los hermanos del Lectoral para darles noticia

del beneficio que acababa de hacerles y manifestar su agradecimiento.

Pero como Fidel iba tan preocupado con la representación apostólica que pudiera corresponder á su padre, insinuó bien pronto sus temores de que le tocara ser Judas, por las malas consecuencias que eso podría traer, contando la historia de Valnegro, y manifestando por último su resolución de perderlo todo antes que consentir en tal infamia.

—No hagas caso de paparruchas—le dijo un hermano de D. Gabriel,—que nada de eso tiene fundamento. Allí ninguno es Judas ni representa á ningún apóstol determinado: son doce ancianos que representan á los doce apóstoles, y nada más. Eu Valnegro es verdad que se ahorcó hace muchos años un hombre; pero no es verdad que hubiera representado á Judas, ni que hubiera sido apóstol siquiera. Se ahorcó, según oí decir á mi padre, porque siempre había sido malo, y el demonio le cogió por su cuenta, y le hizo cometer aquella atrocidad; y si le llamaron después *el tío Judas*, era porque se había ahorcado...

Tranquilizados con esta explicación, Fidel y el tío Felipe siguieron su camino.

Estaba un día espléndido: uno de esos hermosos días del mes de Abril que convidan á alabar á Dios en sus obras. Cruzando la hermosa vega de Villanoble, á la izquierda verdigueaban los prados como lujosa alfom-

bra de esmeralda dividida en desiguales trozos por cintas de plata, que tales parecían las presas de regar, y festoneada de claveles y minutisas. A la derecha amarilleaban los trigos salpicados de amapolas. En los árboles de las sebes cantaban los jilgueros, los mirlos y los ruiseñores, y mezclándose con sus trinos alegres, sonaba en el lejano monte el perezoso canto del cuco...

Cuando les pareció á los viajeros que era mediodía se ladearon hacia una campera á orilla del camino, se apeó el anciano, tendió Fidel su chaqueta del lado del revés, ó sea con el forro para arriba, echó sobre ella tres murciadas de cebada de la que llevaban en las alforjas para pienso de la yegua, y la aproximó á comerlo. Sentándose luego ellos sobre el césped, confortaron sus estómagos con una tortilla de jamón y chorizo que sacaron de una fiambra de madera, y con buenos tragos de un boto de vino tinto que llevaban también en las alforjas.

Después continuaron la marcha, yendo á dormir aquella noche á la taberna de Dos-Ríos, donde la tabernera, comunicativa y afable como todas sus paisanas, tramó pronto conversación con ellos mediante el exordio acostumbrado.

—¿De dónde son ustedes, aunque sea mala pregunta?

—De Vallejín, para servir á usted.

—Para servir á Dios, y que sea por muchos años.

—Y usted los vea.

—Van ustedes hacia la ciudad, ¿eh?

—Sí, señora; allá vamos, si Dios quiere.

—¿Van acaso á consultar con algún médico?

—No, señora; vamos á...

—Lo decía porque como *el señor* trae la cara encañada...

—No, señora, no es encañada: ese pañuelo que trae mi padre puesto por debajo de la barba y atado en el alto de la cabeza, es para que no le lleve el sombrero el aire... A lo que vamos es á...

Y la dijeron el objeto de su viaje, y la leyeron de pe á pa la carta del señor Lectoral de Valladolid, y la contaron la historia de éste y la de los servicios del tío Felipe en casa de sus padres, con otras muchas cosas que la tabernera, seguramente, no había pensado saber en su vida; sin ocultarla tampoco los temores que abrigaba Fidel de que á su padre quisieran hacerle representar á Judas, temores que, á pesar de la tranquilidad que le había infundido el hermano del Lectoral, por la mañana, en Villanoble, se le habían recrudecido durante el día, y que la tabernera no supo desvanecerle.

A la mañana siguiente, al rayar el sol, continuaron el viaje, y antes de media tarde llegaban á la ciudad, que era su término.

Alojáronse en uno de los mesones más humildes del barrio de la Serna, y fueron en seguida á presentarse al secretario del señor Obispo, que, enterado de que eran los recomendados del Lectoral, los recibió amable y afectuoso.

Mandó llamar al sastre que había hecho los trajes, para que, tomando medida al tío Felipe, le escogiése el que pudiera sentarle mejor.

Vino el sastre, y en un instante acertó á probarle uno que le estaba pintiparado, con el cual, y después de calzarse los zapatos y ponerse el sombrero ancho de ala, quedó el tío Felipe hecho un apóstol en toda regla.

—¿Hace mucho que no le ha visto á usted D. Gabriel?—le preguntó el secretario.

—Sí, señor, ya hace bastantes años que no nos vemos—contestó el tío Felipe.

—Pues ahora le dirá el señor Obispo cuando le escriba que le hemos visto á usted muy bueno y muy guapo...

Tanta amabilidad y llaneza por parte del secretario animó á Fidel á consultarle sobre sus temores, y comenzó con esta pregunta:

—Dígame usted, señor, y usted me perdona: ¿qué apóstol va á ser mi padre, si se puede saber?

—¿Cómo que qué apóstol?... Cualquiera; uno de los doce, indistintamente.

—¡Ah! ¿Conque no tiene que representar

cada uno de estos apóstoles de ahora á un apóstol fijo de los de antiguamente?

—No, no es necesario.

—Pues había allá quien decía que sí, que uno tenía que ser San Pedro, otro San Juan, y así sucesivamente; y en ese caso tenía yo que pedirle á usted una gracia: la de que mi padre no fuera Judas; porque, la verdad, yo no quisiera que mi padre fuera Judas por nada del mundo, porque Judas fué muy mala persona, y luego allá, que son muy amigos de poner motes, si se llegaba á saber, que sí se sabría, porque todo se sabe, que mi padre había sido Judas, iban á dar en llamarle el tío Judas, y á mí el hijo del tío Judas, y á los mis hijos los nietos del tío Judas.

—Pues mira—le interrumpió el secretario riéndose,—que no haría mal Judas tu padre, porque algo rojo tiene el pelo.

—No, señor, usted perdona; no le tiene rojo, le tiene cano y un poco ahumado de allá de la cocina de casa, que es muy humosa...

—Bien, bien... ya veremos de arreglar eso...

—Es que mire usted—continuó Fidel,—yo, hablándole á usted con franqueza, venía decidido á que si me decían que mi padre tenía que ser Judas ó que había peligro de que fuera Judas, se volviese conmigo para casa sin ser apóstol.

—¡Pero, hombre!... ¿Y te había de dar tan fuerte?

—Sí, señor, sí—decía Fidel muy resuelto.—Y lo mismo le dirá á usted mi padre.

—Verdad es, señor—dijo el tío Felipe.

—Bueno, pues no tengan ustedes miedo, que no habrá nada de eso de Judas—les dijo el secretario reprimiendo la risa.

Y despidió al tío Felipe y á su hijo hasta el Jueves Santo.

Después contó al señor Obispo toda la entrevista que con el tío Felipe y su hijo había tenido, y el temor y la repugnancia de Fidel y de su padre á que éste tuviera que representar al apóstol traidor, cosa que al prelado le hizo mucha gracia.

El Jueves Santo, al servir la comida á los apóstoles, se acordó del caso y preguntó al secretario:

—¿Cuál es el que no quería ser Judas?

—Este—dijo el secretario señalando al tío Felipe;—el recomendado del señor Lectoral.

—Bien, bien—le dijo el señor Obispo, dándole unas palmadas en el hombro;—hace usted bien, que demasiados Judas hay por el mundo todavía.

De este modo se enteraron también los demás apóstoles de que el tío Felipe no quería ser Judas, y esto les sirvió de motivo para darle bromas.

Después, cuando llegó la ceremonia principal del *apostolado*, la de irles lavando el señor Obispo los pies á todos, uno por uno, en

una palangana de plata y enjugárselos con una toalla de seda, todos estaban muy serios y muy poseídos del sagrado papel que representaban; pero más que todos el tío Felipe, que tenía una actitud de verdadera devoción, no exenta de temor de que el señor Obispo volviera allí á decirle algo de Judas...

Pero no; el prelado, al llegar á él, hizo lo mismo que con los demás, sin distinción alguna.

Al despedirse al día siguiente del señor Obispo y del secretario para volverse á Vallejín, ya fué otra cosa: ya les embromaron á él y á su hijo con los temores que habían tenido de que le tocara representar á Judas.

Y otro tanto le pasó al despedirse de los demás apóstoles, con quienes se trataba ya fraternalmente, pues varios le decían estrechándole la mano: «Adiós, el que no quería ser Judas»; y hasta hubo alguno que le dijo: «Adiós, Judas».

Emprendieron el viaje de vuelta, y al llegar á la taberna de Dos-Ríos, donde habían dormido á la ida, la tabernera les recibió muy amistosa, diciendo al tío Felipe:

—¡Hola, hola! ¡qué majo viene usted y qué contento! Bien se conoce que no le tocó ser Judas...

—No, gracias á Dios—la contestaron los dos á un tiempo.

—Pues no se alegrarían ustedes poco... Porque yo misma tenía pena y me acordaba aquellos días muchas veces, diciendo para mí: «¡Sí á aquel buen hombre le harán ser Judas!»

—No, eso no—decía Fidel;—antes nos hubiéramos vuelto para casa.

—Pero no hubo necesidad de llegar á eso—decía el tío Felipe.

—Me alegro, me alegro.

—Teníamos buen padrino...

—Sí; eso vale mucho...

En esto, entraba de fuera el tabernero, y le decía su mujer:

—Mira, éste es el anciano aquel de Vallejín que estuvo aquí el otro día, que iba á ser apóstol...

—¡Ah! sí, el que no quería ser Judas...

Y entraba luego un vecino de los que le habían visto allí, cuando iba para la ciudad, y le decía:

—¡Hola!... Éste es el que tenía miedo á ser Judas...

Cuando pasaron al día siguiente por Villanoble y entraron á saludar á la familia de su protector, fueron por ella muy felicitados el padre y el hijo, pero especialmente el padre, por el buen porte que traía; y también le decía el hermano del señor Lectoral:

—¿Ve usted cómo no le hicieron ser Judas?...

Por último, llegados felizmente á Vallejín,

Fidel se esmeró en hacer entender á todos los vecinos del pueblo que iban acudiendo á su casa á darles el parabién y la bienvenida, que su padre no había sido Judas; que él por ningún concepto hubiera consentido que á su padre le hicieran ser Judas, que su padre tampoco se hubiera avenido á ser Judas.

Y, naturalmente, con tanto insistir en ello y tanto enterar á todos del caso, toda la gente del lugar decía al hablar del nuevo apóstol: «el tío Felipe, que no quiso ser Judas; el tío que no quiso ser Judas»...

Y como este mote de «el tío que no quiso ser Judas» resultaba demasiado largo, pronto se le abreviaron al tío Felipe, llamándole sencillamente «el tío Judas», y á Fidel «el hijo del tío Judas», y á los hijos de Fidel «los nietos del tío Judas».

Lo cual demuestra que no se debe tener demasiado miedo á las cosas desagradables, ni huir de ellas con demasiado afán, pues á veces, por tanto empeñarse en huir de ellas, le caen á uno encima.

Que es lo que había dicho ya Horacio:

In vitium ducit culpæ fuga, si caret arte.